Imprimir

Esta transcripción procede de una ponencia pronunciada en la Cumbre de Berlín 2025, organizada por Forum New Economy en la histórica finca Stober. La cumbre reunió a expertos internacionales para explorar cómo se pueden replantear las políticas industriales, climáticas y de globalización para lograr un futuro más justo y resiliente, aprovechando el impulso de la Declaración de Berlín del año pasado. YSI agradece haber podido participar tanto este año como el pasado, y agradecemos profundamente la orientación de Forum New Economy, que nos ha ayudado a pensar con mayor claridad y valentía sobre los retos que nos esperan."La pregunta que plantearon Thomas Fricke y su equipo —«Hacia un nuevo orden mundial: ¿quién lo va a resolver?"— no puede dejar de preocuparnos. Pero quiero rechazar algunas tendencias que tenemos dentro de nosotros mismos y que esta pregunta desencadena, y en su lugar instarnos a pensar de otra manera sobre cómo abordamos el problema.
No tengo respuestas sencillas para esta pregunta. Sugeriré la dirección en la que podrían encontrarse algunas respuestas. Pero, sobre todo, quiero reflexionar sobre esta cuestión del *orden* como tal.

Por razones obvias y válidas, en este momento actual, anhelamos una respuesta a esta pregunta. Y se trata de un discurso que mira tanto hacia adelante como hacia atrás. Si se imagina algo así como un nuevo orden mundial, es difícil evitar hablar del antiguo, el último.

Para los expertos en relaciones internacionales y diplomacia, por supuesto, se trata del fin de la Guerra Fría. Pero para los economistas, es Bretton Woods. Y casi de forma obsesiva.

Es esta obsesión la que quiero analizar durante unos cinco minutos. De hecho, creo que se podría escribir un artículo bastante interesante sobre la cobertura que hace *The Guardian* de los nuevos planes de Bretton Woods en la actualidad, dada su frecuencia.

¿Qué fue lo que ocurrió? Fue en 1944, en el verano de ese año, cuando un grupo de figuras clave configuraron el mapa del mundo, es decir, el sistema económico y monetario. Se trataba de personajes carismáticos, entre los que destacaban White, por parte de los

estadounidenses, y John Maynard Keynes, por parte de los británicos.

Y el año pasado, con motivo del 80º aniversario, se celebraron numerosas reuniones sobre un nuevo Bretton Woods. Y había razones para ello. Ya se vislumbraba entonces la perspectiva de una presidencia republicana disruptiva. Pero también estaba claro, incluso con el equipo de Biden —el grupo de demócratas más cooperativo, atlantista y con visión global que podríamos haber esperado en este momento—, que existían profundas tensiones en la economía mundial.

Había presión por parte del Sur Global para pensar en un nuevo sistema que funcionara mejor. Y estaba claro que el auge de China y la agresividad de Rusia estaban sometiendo a una enorme presión lo que habíamos dado por sentado como el sistema posterior a la Guerra Fría.

Y ahora, por supuesto, las cosas han resultado mucho más dramáticas de lo que nadie imaginaba el año pasado. Creo que es justo decirlo. Ni siquiera los más pesimistas sobre la presidencia de Trump lo vimos venir: el ataque simultáneo al sistema comercial de la forma más caprichosa y arbitraria que cualquiera de nosotros podría haber imaginado, y un ataque bastante sistemático a la inversión extranjera y al valor del dólar, más sistemático de lo que muchos de nosotros habríamos creído posible.

Y a la luz de esto, podría parecer casi perverso participar en el ejercicio que propongo esta mañana, que es preguntarnos *por qué* podríamos estar buscando un nuevo orden mundial. Quiero decir, en comparación con las tonterías, en comparación con la locura que nos rodea, es obvio que queremos un nuevo orden mundial, ¿no?

Pero por obvia que parezca la respuesta, quiero insistir en esta pregunta. Desde un punto de vista progresista, ¿qué es lo que asociamos con esta idea de un orden mundial, hasta el punto de preguntarnos cómo surgirá uno nuevo y quién lo creará? ¿Y por qué, en tantas mentes, esto se asocia con el momento de Bretton Woods?

Porque pensar así es histórico. Y creo que, efectivamente, se agrupa repetidamente en torno

a este término. Y es útil utilizar ese hábito mental como una especie de diagnóstico.

Y, en cierto modo, se podría decir que es obvio: se trata de una serie de bienes, una serie de cosas que valoramos. El orden frente al desorden. La inteligibilidad frente al caos. Casi tiene un lado estético. Mirad, hemos controlado la economía. Hemos cumplido el sueño de hacer transparente algo que era opaco y poco transparente.

Hay una promesa de seguridad frente a la inseguridad. Y la promesa, quizás, de *seguridad* para la población en general, un tema que ha surgido en muchas conversaciones, por ejemplo, sobre el populismo. Hay una promesa (si no de justicia real) de algo parecido a un orden basado en normas. Una especie de justicia procesal, al menos. Hay una afirmación funcional de que un sistema como este es más predecible y que esto impulsa la inversión, establece la seguridad y reduce la incertidumbre. Un argumento que se repite en gran parte de la econometría.

¿Recuerdan esos estudios realizados durante el primer mandato de Trump por equipos de economistas del FMI, que realmente mostraron un efecto medible en la inversión global a causa de los tuits matutinos de Trump? Pero es un argumento que, por ejemplo, en la tradición de la teoría social alemana se remonta a Max Weber.

Luego creo que hay algo más que resulta atractivo del momento de Bretton Woods en particular, que es la sensación de que, ante el caos de la historia, es un momento de agencia. Un momento en el que personas inteligentes se sentaron y elaboraron un diseño.

Y, por supuesto, para personas como estas (es decir, nosotros), esto es profundamente seductor. Porque es muy difícil evitar ese juego mental en el que nos imaginamos allí, emitiendo el manifiesto que alimenta a la delegación alemana que se dirige a un nuevo Bretton Woods, en algún lugar, donde todo se resolverá.

Así que es un momento de *agencia*. Pero también es —y creo que esto es clave— un momento de *sabiduría*. Porque no es solo agencia; es agencia que funda el *orden*. Es una agencia *autolimitada*. Es una agencia que no se limita a imponer sus intereses al mundo de

forma musculosa. Es una agencia que se controla a sí misma.

Y esto, creo, es lo que hace que el momento de Bretton Woods sea tan inspirador: que en el apogeo de su poder, Gran Bretaña y Estados Unidos, al final de la Segunda Guerra Mundial, decidieran construir un *sistema* en lugar de simplemente seguir adelante con su poder.

Y todo esto son cosas buenas. Pero la forma en que se agrupan en torno a Bretton Woods —y la forma en que Bretton Woods, 80 años después, sirve como una especie de tótem— algunos podrían decir, de forma menos amable, como un *manto de seguridad* para pensar en la economía internacional— me recuerda a algo que, en otro contexto, he llamado *ficción financiera* o *fin-icción*.

También se podría llamar un cuento de hadas.

Los cuentos de hadas, como es bien sabido, tienen muchas funciones. Pero no recurrimos a ellos en busca de consejos prácticos, a menos que tu problema sean lobos disfrazados de ancianas, princesas hermosas que llevan mil años dormidas o judías mágicas que tu hijo ha traído del mercado después de cambiar la única vaca de la familia.

Por lo tanto, en mi opinión, el modelo de Bretton Woods necesita ser examinado.

Y, de hecho, voy a reunir, muy brevemente, a todo un equipo de personas para que nos ayuden a reflexionar sobre lo que está en juego aquí: un psicólogo, un historiador, un economista político, un periodista… y Friedrich Nietzsche. Un psicólogo se preguntaría: ¿por qué este retorno infinito a este momento fundacional? ¿A qué se aferra? ¿Qué estamos ocultando?

Un lapsus revelador que se oye a menudo, especialmente en discursos con acento alemán, es confundir la fecha de Bretton Woods. A menudo se hace referencia a él como un acuerdo de posguerra, cuando en realidad fue un acuerdo alcanzado *entre el* Día D y el avance soviético contra el Grupo de Ejércitos Centro en la Operación Bagration. Fue un momento en el que descubrimos la noción de un poder estadounidense benevolente.

Se podría referir a esto de forma un tanto burda como el “complejo del papá americano” de Alemania, ¿no? Esa sensación de que existe una hegemonía americana benigna que mantiene el orden. Eso requiere una historia simplificada sobre el origen del poder americano, que Bretton Woods ayuda a proporcionar.

Y después del psicólogo, pasamos al historiador. Si Harold James, uno de los historiadores más destacados de Bretton Woods, estuviera aquí, lo que nos diría es que, lejos de ser una historia con final feliz, Bretton Woods no es más que una sucesión de desastres.

Está la conferencia de 1944. Luego está la crisis monetaria del Reino Unido de 1947, que la pospone. El Plan Marshall es en realidad el “*Plan B*” para evitar tener que aplicar Bretton Woods. Luego está la devaluación de la libra esterlina y de todas las demás monedas europeas para hacerlas más competitivas, lo que supuso un enorme shock para sus sistemas. Luego está el Plan D, que es la Unión Europea de Pagos entre 1950 y 1958.

Y Bretton Woods, tal y como se concibió originalmente, no se introduce hasta 1958, lo que requiere un golpe militar y la instauración de la Quinta República en Francia. Y es el plan de Jacques Rueff, en colaboración con De Gaulle, el que permite a Francia unirse a Bretton Woods. A principios de los años 60, el sistema está sometido a tanta presión que tienen que inventar las líneas de swap como parche para mantenerlo con vida. En 1967, se produce el primer gran problema del ciclo económico. Y en 1971, el presidente estadounidense suspende la convertibilidad del dólar en oro.

Así que si llegáramos a tener un Bretton Woods III —y enseguida explicaré por qué digo III—, lo lanzaríamos el año que viene, lo implementaríamos en 2040 y fracasaría en 2051. Eso es lo que diría un historiador sobre Bretton Woods como ejemplo *real*.

Y entonces habría que preguntarse: ¿hasta qué punto es plausible la historia *funcional*? Si esta es la historia real de Bretton Woods, ¿qué posibilidades hay de que, en comparación con la reconstrucción, la recuperación tecnológica, un nuevo pacto social o la integración europea, este frágil sistema monetario fuera el principal motor del crecimiento económico

con el que se asocia tan a menudo?

Es evidente que hay algunas diferencias. Podría haber sido mucho peor: la política comercial estadounidense podría haber sido totalmente contraproducente, pero no lo fue.

Pero esto no es lo esencial de un argumento eficaz sobre el crecimiento económico.

Y lo curioso es que, si se habla de esto con economistas políticos, dirán que no hay motivo para sorprenderse. Porque dirán que las organizaciones a gran escala de este tipo se ven afectadas por dos problemas fundamentales.

Uno es el pecado original: el problema de que actores grandes y poderosos se comprometan de manera efectiva en contra de su propia soberanía.

Así que, como era de esperar, en la medida en que Estados Unidos —el actor dominante en 1944— estaba vinculado al sistema, ese vínculo era muy débil. Estados Unidos conservó una autonomía extraordinaria. El dólar estaba vinculado al oro y todos los demás estaban vinculados al dólar. Los estadounidenses obtuvieron un *privilegio exorbitante*. Y el sistema comienza cuando los estadounidenses dicen que comienza, y termina cuando los estadounidenses dicen que termina.

Ese es el sistema de Bretton Woods. Esa es su política fundamental. Y aquí es donde entra Nietzsche.

Entonces, ¿por qué alguien más aceptaría formar parte de este sistema? Porque son débiles, impotentes y resentidos. Esa es la posición del subordinado nietzscheano, la posición del «cristiano» de Nietzsche, que acepta el cristianismo porque les protege —a las personas impotentes— contra la ira del poder real.

Por eso otras personas acatan las órdenes de las grandes potencias caprichosas: porque las órdenes y las normas les proporcionan *cierta* protección. Pero, por supuesto, el verdadero problema de los subordinados resentidos dentro de sistemas dominantes como este es que

su resentimiento es *real*.

Y ahí surge el segundo problema: el parasitismo. Los actores subordinados dentro de sistemas fijos —con actores dominantes— siempre estarán sujetos al riesgo de un parasitismo dramático. Y no hace falta que insistamos en este punto aquí, en Alemania.

Porque, si en los últimos 80 años ha habido un actor menor que se ha aprovechado de forma persistente y exitosa dentro de un sistema global hegemónico liderado por Estados Unidos, ese es este país —la parte occidental, no esta parte—, la *República Federal*.

Los enormes superávits bajo el sistema de Bretton Woods en la década de 1960, que contribuyeron de manera significativa a su desintegración. Y, por supuesto, el notorio parasitismo bajo la OTAN desde la década de 1990.

Ahora bien, los alemanes pueden decir que se trata de una política de defensa sensata, porque están rodeados de amigos. Pero desde el punto de vista estadounidense, esto parece *parasitismo*. Y ese es el escándalo que ahora están denunciando.

De hecho, si nos preguntamos cómo se comporta Alemania cuando es poderosa, pensemos en la zona euro. Veamos cuál es su historial en este ámbito.

En la década de 1970, cuando se quería que el marco alemán fuera la moneda de reserva, Bonn y Fráncfort hicieron todo lo posible para impedirlo. Una de las estrategias —por decirlo de forma educada— fue la zona euro.

Y todos sabemos que, si nos hubiéramos reunido aquí hace diez años como un grupo de economistas progresistas pensando en la eurozona, muchos de los presentes habrían pensado, y tal vez incluso deseado, “ojalá hubieran creado la eurozona *sin los alemanes*”, ¿verdad?

Una de las peculiaridades de plantearse la cuestión del orden económico y su futuro *ahora mismo* en Alemania es que, si hay alguien ahí fuera planeando un nuevo orden económico

mundial, es posible que no invite a los alemanes.

Porque después de los últimos 80 años, si tuvieras que pensar en un actor poco cooperativo —muy moralista, bastante exitoso, muy malo en macroeconomía— que no querrías que formara parte de tu esfuerzo por construir un orden mundial, Alemania estaría bastante arriba en tu lista. Y parte del proyecto de nuestro grupo aquí, después de todo, es intentar *civilizar* el discurso macroeconómico y económico alemán hasta el punto en que eso ya no sea cierto.

Creo que, si somos honestos con nosotros mismos, eso es claramente parte de nuestra agenda subyacente aquí. Eso es lo que estamos tratando de hacer. Y, sin embargo… aquí estamos. Haciendo esta pregunta.

Hemos hablado con el psicólogo. Hemos hablado con el historiador. Hemos hablado con el economista político. Hemos hablado con Nietzsche. Y *todavía* nos hacemos esta pregunta, en Berlín, en 2025, en este día, en esta mañana, teniendo en cuenta lo que está pasando en el mundo.

En este punto, recurro al periodista. Porque el periodista solo nos va a preguntar una cosa: "¿Ahora?". ¿Ahora quieren hablar del orden económico mundial? ¿Parece este un momento en el que la gente quiere un orden económico mundial? No. Este es un momento de *violencia discrecional*.

Es un momento de decisiones discrecionales, de disrupción. Piénsenlo: la invasión de Ucrania por Putin. La guerra comercial de Trump. El Brexit.

Todos ellos tienen motivos de resentimiento que los impulsan, pero ninguno de esos resentimientos *determina* la elección. Del mismo modo que las dificultades estratégicas de Israel, incluso si eres un sionista etnonacional convencido, no dictan el rumbo que ha tomado y que ha arrastrado a tantos amigos de Israel a la complicidad con el asesinato en masa y la limpieza étnica. Y, esta mañana, la agresión abierta contra Irán.

Así que esta pregunta aparentemente inocente —"*Oye, Adam, hacia un nuevo orden mundial, ¿quién lo resolverá?*"— es en realidad un vacío vertiginoso y sangriento. No es momento para cuentos relajantes antes de dormir. Es momento de reunir nuestro ingenio para *sobrevivir*. No para arropar a los niños con un cuento de hadas, sino para entrar en un juego de disparos en primera persona ultraestresante.

Es como si estuviéramos viviendo dentro de un cuento de hadas de pesadilla, remodelado.

Nos ha devorado el lobo feroz y estamos dentro de su estómago, esperando a saber si el cazador vendrá a sacarnos para que podamos escapar hacia la libertad.

Y en ese momento, *soñamos con nuevos órdenes*.

Y eso, creo, es escapismo de primer orden.

Ahora bien, si lo dices así, tiene sentido, creo. Pero si lo dices en un contexto europeo (y aquí me refiero a Shahin), empieza a surgir otro tipo de pensamiento, y es que todo esto nos suena familiar. Todo esto suena como algo de lo que, de hecho, llevamos hablando desde hace tiempo. Hemos estado hablando de soberanía. La soberanía significa la capacidad de establecer tus propias reglas, existe —como nos explicó Carl Schmitt— en una relación dialéctica con el orden. El soberano es la persona que declara la excepción. Sin embargo, el soberano es también aquel que es reconocido como tal por otros soberanos. Por lo tanto, existe en una especie de dialéctica.

En ese contexto, también hemos hablado de la elección estratégica, las alianzas y los acuerdos como algo en lo que Europa debe involucrarse. Lo angustiante es que esta es, en mi opinión, la respuesta correcta y el camino a seguir, pero también es esencialmente un fotograma de la película *Atrapado en el tiempo*, en la que se repite continuamente el mismo vídeo. Pensemos en la desastrosa presidencia de dos mandatos de Macron en París, quien en 2017 articuló por primera vez un conjunto de ideas muy en la línea de las que, en mi opinión, nos lleva naturalmente nuestra situación nueve años después. Y todos conocemos el vacío, el vacío en el que aterrizaron esas propuestas para Europa, el progreso y el futuro, por parte

alemana.

Así que creo que lo que tenemos que reconocer en este momento es que, aunque la línea de pensamiento que les he presentado hoy es convincente, si somos realistas con nosotros mismos, también tenemos que reconocer que ya hemos estado aquí, y que llevamos aquí bastante tiempo. Y la respuesta no ha venido de Europa. De hecho, si seguimos haciéndonos esta pregunta esta mañana de 2025, en realidad ya sabemos la respuesta, que es: aunque lo vemos, no lo vamos a hacer. O lo haremos demasiado tarde. El tren ya ha salido de la estación.

Hace un par de días, alguien dijo: “Quizás sea demasiado tarde para Estados Unidos”. Me parece una idea bastante plausible, aunque aterradora. Lo que me preocupa es que pueda ser cierto, que sea demasiado tarde también para Europa. Y en ese caso, ¿hacia dónde vamos?

Y con esto quiero terminar. Bueno, creo que todos sabemos ya la respuesta a esta pregunta. Planteamos estas preguntas como si no supiéramos las respuestas. Sabemos la respuesta a esta pregunta. Y la respuesta, claramente, es China.

Pero entonces, cuando lo dices en voz alta, te das cuenta de que también te encuentras con un obstáculo. Y es que si dices que China va a crear el nuevo orden mundial, es probable que seas un belicista —porque este es el tipo de cosas que provocan que el Pentágono pida cada vez más dinero— y también ciegamente irrealista. Porque no conozco a nadie que piense que realmente sabe lo que está pasando en Pekín y que crea que esa es la ambición de China: crear un orden mundial al estilo estadounidense. Eso no está en los planes de Pekín.

Y aquí es donde yo diría que este cambio de lenguaje nos ayuda mucho. Porque si es cierto que China no está tratando de crear un nuevo orden mundial al estilo estadounidense, es innegable y obvio que China está tratando de ordenar el mundo.

Si China no se limita a heredar el mundo que creó Occidente, incluso a través del imperialismo, ¿se dedica a crear un mundo nuevo? Sí. Sin duda alguna. Y lo está haciendo

ahora mismo, ante nuestros ojos. Por lo tanto, esta transición no es solo una cuestión metodológica. En mi opinión, nos ayuda a ver mejor.

Y con Brad Setser sentado aquí delante de mí, ¿cómo no voy a hablar de Bretton Woods II, que hemos pasado por alto? Porque China, a finales de la década de 1990, creó de forma autónoma un nuevo Bretton Woods al fijar su moneda de forma subvalorada frente al dólar, una paridad que es realmente muy difícil de romper. Esto tiene todo tipo de efectos secundarios desagradables en la propia China, pero pueden gestionarlos. Es una forma de afirmar su soberanía dentro de este sistema.

Si nos preguntamos por el sistema comercial mundial, estos datos, que me temo que apenas se ven, pero que son bastante impresionantes si se observan de cerca, proceden de otro observador preocupado, la Autoridad Monetaria de Singapur, que, ante la ofensiva comercial de Trump, intenta averiguar qué es lo que realmente impulsa el comercio.

Y las partes marrones son las que tienen alguna conexión con Estados Unidos, y casi todas son comercio con Estados Unidos. La parte más sensible políticamente, la cola que mueve al perro de la economía mundial, es la barra azul oscuro. Eso es aproximadamente el 2,5% del comercio mundial, y son las exportaciones chinas a Estados Unidos. Y ni siquiera es una parte de este pastel que esté creciendo rápidamente. Esto nos da una idea de lo desorientado que se ha vuelto nuestro discurso.

El comercio mundial está dominado por dos actores clave: un bloque realmente grande, que es el comercio de la UE dentro de ella —la gran porción del centro— y luego toda una serie de redes en forma de telaraña alrededor de China, cada una de las cuales constituye un conjunto de conexiones que yo consideraría un acto de construcción del mundo, un acto de ordenamiento del mundo, con el que tenemos que contar y que dará forma al futuro.

Ahora, reiterando: si sumamos la inversión extranjera de China, su poder blando, sus vínculos tecnológicos, su creciente presencia militar, ¿da como resultado un nuevo orden mundial al estilo estadounidense? No. Claramente no. Pero eso también es una distracción. Tenemos

que dejar de pensar en esos términos.

Lo que sí constituye es una política de conexión. Puede que no sea del todo coherente, pero creo que es bastante deliberada. Y hay una lógica —o, de hecho, hay múltiples lógicas diferentes— que se está desarrollando en Pekín para organizar y coordinar estos diferentes elementos.

Y si hay un aspecto de ello que me parece realmente fascinante y bastante nuevo, me lo sugirió la agenda que me envió el Consejo Nacional de Investigación para el Desarrollo, que asesora al Consejo de Estado, es decir, la rama estatal del Gobierno chino. Se trata de una rama subordinada, pero los dirigentes del Consejo de Investigación para el Desarrollo son miembros del Comité Central, por lo que están estrechamente vinculados.

Y decían: “Por supuesto, nos encantaría hablar con usted de todas las cosas obvias, de Estados Unidos, Europa, etc. Pero el reto que nos preocupa es el desarrollo, o los retos, del desarrollo de las grandes naciones a escala mundial. Ese es el problema del que realmente estamos hablando”.

Y eso es insípido. Se podría decir que, claro, es lógico que piensen así. Pero creo que eso me lleva a mi conclusión final, que es que, por lo que sabemos sobre el futuro que se está configurando, es muy probable que esté determinado por actores, en particular los chinos, para quienes esta cuestión —el desarrollo nacional a gran escala— es uno de los tres temas que realmente dominan su agenda.

Así que está muy lejos de las preocupaciones de la UE, que son posnacionales, de tamaño medio y relacionadas con la sostenibilidad. La gran agenda de desarrollo nacional es en la que se van a involucrar ahora mismo los principales actores que están construyendo activamente sistemas.

Creo que todos estamos un poco impacientes con China por reivindicar su condición de economía en desarrollo. Hay zonas muy pobres en China, pero eso no tiene sentido. Sin embargo, a menos que comprendamos que ese es el objetivo —el desarrollo es el objetivo—,

no entenderemos realmente en qué consiste este programa de construcción del mundo. No sabemos en qué consiste este programa de energía renovable. Lo que lo hace novedoso no es que constituya un orden o sustituya a los estadounidenses, sino que se trata en realidad de la realización de un programa de desarrollo a escala mundial, independientemente de sus consecuencias, que son espectaculares si pensamos en el equilibrio medioambiental mundial y en términos de cambio del equilibrio de poder en el futuro.

Adam Tooze, es titular de la cátedra Shelby Cullom Davis de Historia en la Universidad de Columbia y director del Instituto Europeo. En 2019, la revista Foreign Policy lo nombró uno de los mejores pensadores globales de la década. Su último libro, Shutdown: How Covid Shook the World’s Economy, ya está a la venta.

Fuente:
https://sinpermiso.info/textos/hacia-un-nuevo-orden-mundial-quien-lo-va-a-disenar-ahora

Foto tomada de:
https://sinpermiso.info/textos/hacia-un-nuevo-orden-mundial-quien-lo-va-a-disenar-ahora